

Cuaderno de Bitácora

EL BOTHO: LA TIERRA DE ARRIBA

—|||||—
Ruy Feben

“ Después de tantas horas de caminar sin encontrar una sombra de árbol, ni una semilla de árbol, ni una raíz de nada, se oye el ladrar de los perros.

La tierra que nos han dado está allá arriba. Juan RULFO ”

La última noche, Don Celedonio se empeñó en que subiéramos a la colina oscura que amuralla El Botho. De lejos, el montículo tímido parece ser de tierra gris, como los ojos de su padre, Don Chinto; el anciano nos observa a intervalos, y a cuentagotas deja salir algún comentario en ñhañhu, no para prevenir de los peligros de las arañas que se esconden en los magueyes que flanquean el camino a la cima, ni para recordar en imágenes murmuradas alguna historia referente a los conejos que ha cazado en ese mismo rango de tierra ascendente (como lo es toda la tierra): en ñhañhu intenta azuzar nuestras ganas de subir, y, si bien las intenciones quedan vadeadas por el juego de una Babel en miniatura, el tono deja clara la noche; el sonsonete cántico se clava hasta el corazón de su hijo, que por fin nos convence de subir. Sus voces cuelgan de las estrellas que penden de astas perdidas en los montes. En medio de la noche oscura como la historia, Don Cele enciende varios carrizos a modo de luciérnagas de mano, y los reparte a dosis inconclusas; la flora del lugar apenas alcanza para que los hombres y los niños con zapatos lleven uno particular. Caminamos con rumbo al cielo de El Botho.

EL MAPA

Atribuyo mi llegada a El Botho a una casualidad cartográfica. Si bien mi conocimiento del Valle del Mezquital es vasto (dentro de la modestia que se le permite a los fuereños), desde un principio tuve que admitir mi total incapacidad para ubicar a El Botho siquiera en el mapa mental. “Mire, joven: todo depende. Porque si lo que usted busca es El Botho, Cardonal, tiene que tomar el camino de la izquierda y dar vuelta a la derecha en el camino que se abre

desde la palma. Si lo que busca es El Botho, Ixmiquilpan, debe virar pa'l mismo lado, nomás que desde el camino que sale de la palma. No hay pierde”. La instrucciones del sacerdote el día de mi arribo sólo habían aclarado todas mis sospechas: para mí, el trabajador social (cualquier cosa que eso signifique), dispuesto con presteza a instalar bibliotecas comunitarias, una vuelta a la derecha mal tomada y alguna mentirilla blanca proferida por un lugareño más o menos ambicioso hubiesen bastado para colgar el título de “El Botho” a cualquier comunidad dispuesta en el intermedio. Debo admitir que, en lo referente a los espacios sin semáforos, sufro el mal etnocentrista de la dispersión geográfica, y que para mí todas las palmas, todos los magueyes y todos los huizaches se ven exactamente iguales. De tal forma que estaba en medio de un enorme campo arenoso habitado a intervalos caprichosos, buscando algo que coincidiera con una imagen mental completamente distorsionada. No había sombreros de paja, ni camisones de yute: en su lugar, había un desierto desdibujado en polvo por el cielo abierto, un rumor lejano de pasito duranguense y una lengua extraña cuyos gestos se me escapaban por los laberintos culturales, dentro de los cuales buscaba una comunidad que no podía ser otra, pero que podía ser cualquiera. A mi discapacidad territorial se agregaba otra: en menos de dos kilómetros a la redonda había dos Bothos. Mi precisión debía ser exacta, mis capacidades eran azarosas, y el camino era de terracería; y se sabe que no hay mapa que logre combinar los ripios a modo de carretera federal.

Pero decía que todo se debió a un azar cartográfico. A pesar de que mi detallado mapa del Estado de Hidalgo describía con precisión el terreno del Mezquital, no había en el pliego, del tamaño de





un libro de resumen histórico de buenas proporciones, un solo rastro de El Botho, de mi Botho, el de Ixmiquilpan. El pequeño rotafolio se hacía espacio para las particularidades orográficas, para los detalles acuíferos y para una breve loa (incompleta) sobre las bondades heredadas por la cultura ñahañhu a lo largo de su historia. Pero de El Botho, nada. Decía, por ejemplo, que el Valle del Mezquital es una formación desértica circundada por montañas, que antaño (un antaño impreciso, pero lejano) albergaba en su suelo un lago de proporciones similares al de México; que los mantos acuíferos han sufrido una depresión luego del deshielo, para huir hasta lo más profundo de la tierra, como temerosos de las hordas que apenas llegaban, por aquel entonces, a América por el norte; que de Veracruz llega la humedad, y que ésta anida del otro lado de la Sierra, refugiándose apenas en las comunidades más o menos prósperas del municipio oriental de Nicolás Flores; que la carencia de esa agua, celosa de su migración, hace que el líquido falte de este lado y que los habitantes de casi todo el Mezquital pasen once meses sin conocer la lluvia para encelarse de senda pobreza y senda migración (la de ellos es al norte); que los ñahañhu eran nómadas primero por convicción y luego por fuerza, y que luego por la misma fuerza terminaron de este lado del desierto, un paraje que apenas estaba preparado para el hospedaje temporal de cactáceas y animales rastreros; que el ñahañhu se conserva como lengua, aunque no se conserva en lo escrito el más mínimo rastro fidedigno; que las leyendas se han perdido cuando los ancianos las enterraron en el suelo del desierto para esconderlas de los invasores. Pero El Botho no existía en aquel mapa de corte turístico. No había una sola mención en el índice de poblados, ni un tímido punto de color tenue ubicado por encima de su posición geográfica. En el propio Valle del Mezquital, El Botho parecía un fantasma o apenas un rastro perdidizo: nada. Por lo menos, ese Botho: una vez que examiné con mayor detenimiento, descubrí que a las afueras del trazo principal saltaba el otro Botho, el de Cardonal. Mi ignorancia o mi desidia me hicieron suponer que ése era el que yo buscaba. Sin más, tomé la terracería con rumbo a Nequetejé.

El verdadero azar cartográfico no tuvo nada que ver con el mapa. Luego de hacer del pliego un origami involuntario, de leer a discreción sus instrucciones, y de admitir que no tenía idea dónde había

dado mal la vuelta, pasé por varias comunidades que apenas se distinguían una de otra por tener sus respectivos letreros de Coca-Cola y su propia pared haciendo proselitismo a distintos candidatos del PRI para el puesto de delegado. Llevaba conociendo el Mezquital el tiempo suficiente como para saber que así funcionan las cosas: una comunidad se separa de otra apenas por un camino incompleto o por un cambio imperceptible en el olor del aire. Por lo demás, son o podrían ser idénticas. Tampoco me extrañó encontrar los caminos vacíos. A esa hora de la tarde, supuse, las mujeres deberían estar descansando de las labores, y los hombres apenas inaugurando la siesta vespertina o preparando la faena del día siguiente. Por fin terminaron las casas de bloc gris, los caminos de buen trazo y las capillas improvisadas. La terracería seguía hasta una curva que se perdía con la vista bajo los carrizos crecidos de una magueyera lineal. El azar cartográfico sucedió ahí: sobre la roca (que seguramente había sido cortada apenas unos meses antes para abrir un camino digno para las pequeñas camionetas y los burros de carga) había una leyenda que no dejaba lugar para la duda: “El Botho, Ixm. -> 1 km”.

El letrero no mintió. Justo donde se alcanzaba la línea de magueyes (la cual ahora podía comprender como una formación intencionada), un letrero blanco con demasiada pompa para el paisaje que le servía de fondo anunciaba la llegada a El Botho, Ixmiquilpan. Asomado detrás de un huizache seco, un niño salió curioso al encuentro de mi camioneta. Antes de poder siquiera notararlo, escapó por el monte. Sé que sus zapatos estaban rotos y que su cabeza producía su propio polvo, con orgullo. Se llamaba Nico, pero todavía no me había permitido descubrirlo.

El Botho es una formación rectangular de trazo inconcluso pero perfecto. Dentro del cuadro principal de la comunidad se refugian trece casas de idéntico tamaño. En el medio exacto de la comunidad hay un cuarto verde que sirve como capilla y como refugio de San Juan Diego, a un lado de una cancha de básquetbol más grande de lo debido. El cuadro es rodeado por un circuito de terracería que en sus tramos más grandes tiene dos topes. En las esquinas hay señalamientos de tránsito (dirección de la circulación y límites de velocidad, 10 km/h) y bardas hechas de cactus verdes y altos. La escuela está más arriba del cuadro. Tiene letreros que anuncian su

nombre en cada esquina, y en el lado norte se observa la entrada del valle. Las nubes son blancas y siempre pronostican con precisión la sequía o la lluvia. Su nombre significa “piedra negra” (ra bo’dho). A esa hora de la tarde, aquel sábado de noviembre, no había un alma sobre sus calles. Sin embargo, bastaron pocos minutos para que la comunidad completa (no toda ella católica) se congregara en la capilla para recibirme, trazando una formación desigual a mi alrededor, con decenas de manos extendidas en son de paz para estrecharme, para hacerme comprender que en El Botho hay un mapa particular que nada tiene que ver con puntos tenues sobre imágenes de satélite ni con calles trazadas ni con señales de tránsito improvisadas; su mapa, el mapa que lleva a El Botho y convierte su experiencia en un laberinto, es de miradas y voces, de manos sin lengua; que el azar cartográfico es el roce de las conciencias.

EL PULQUE

Esa noche, Don Melquíades insistió en volverse pequeño y quedarse callado luego de horas de conversación. Durante la tarde me había contado historias fantásticas que yo había decidido no creer. Ahora, la frente alta da justo hacia la cima del monte detrás del cual se oculta un valle que no le ha sabido hacer justicia del todo; parece saber que, si se atreve, bastaría con asomar los ojos rojos por el atardecer escarlata para quitar la venda del pasado. Enciende un cigarrillo y, despacio, cruza los brazos mientras dos niños hacen tres círculos a su alrededor. La noche es particularmente ventosa, y el ocaso ha traído nubes que trazan grafías inconclusas. ¿Ahí dice “perro”, “txudi”, o “formol”? No importa: los zapatos viejos cumplen bien con el trabajo de alfarero de caminos. Mañana será otro día. Me mira profundo y sonrío de lado. Ambos sabemos que el telescopio que ha instalado con precisión sobre la cancha de básquetbol no sirve del todo para encontrar la estrella que ilumina a El Botho. En el suelo del modesto atrio de la capilla verde el polvo se levanta y danza: festeja con particular letanía al santo patrono de las ganas que, esta noche (como cada noche) cumple otro año como santidad particular del pueblo. Por fin Melquíades, mitad de noche y mitad de tiempo, se agacha despacio y observa por la lente oblicua del telescopio que adquirió en una ganga del mercado de Ixmiquilpan.

Don Melquíades es uno de esos hombres que sólo se puede interpretar a través de sus huellas, como un animal de caza o una fotografía sepia. Si bien su nombre anuncia un honor literario que merece, Melquíades no es un personaje fantástico, sencillamente porque todo a su alrededor lo es, y, en ese contexto, el debe ser real como un grito de auxilio. Es el tercero de cinco hijos. De joven trabajó en una industria de procesamiento de metales, de la cual obtuvo un mal ocular por influencia de los ácidos. Ha emigrado dos veces a Estados Unidos y hoy se dedica a la edición de video y a la venta de artesanía. Esa tarde, su historia era todavía incomprendible para mí, que seguía buscando con un afanoso fulgor pragmático el sitio idóneo para la biblioteca comunitaria. Por el camino vimos el paisaje abierto; a pocos metros de la frontera de El Botho, la comunidad de San Miguel Juigú se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Los niños, que luego estarían danzando según el movimiento de Orión a nuestro alrededor disperso, nos observaban todo el tiempo, siguiéndonos a una distancia prudente, como sabiendo que el espacio no existe. El atardecer explotaba en un rojo desigual. Una casa pequeña, en obra negra, que apenas habrá tenido un par de habitaciones y una toma de agua, escapaba del trazo primario del pueblo, abandonada. La señalé sin estupor.

- Ese lugar parece ideal para guardar libros. Podría ser la biblioteca.
- Ese lugar guarda un libro, pero no se lee.

(Melquíades es un estante de historias inconclusas, y comprendo que debe guardar casi todos los libros de literatura fantástica o de texto, que son un poco lo mismo en El Botho. Me mira como esperando que la búsqueda me lleve a sus letras. Continúa).

- La gente y la tradición oral piensan que se ha borrado su nombre; calculo que ello se debe a que muchas veces es mejor no recordar lo cerca que se está de la muerte. A pesar de ello, la tradición misma ha dejado en claro que la historia suya no necesita nombres, latente, escondida detrás de los magueyes. Yo recuerdo que se llamaba Manuel y hacía pulque. En esos años todos hacíamos pulque, aquí no hay más. Ya hacíamos todos pulque desde bien temprano y las mujeres tejían las redes y los niños nos ayudaban a buscar





magüeyes buenos. Los que estaban secos se usaban para otras cosas. Mi abuelo los metía a la chocita en la que vivíamos allá en la loma. Las casas llegaron después. Mi abuelo metía los magüeyes secos en la chocita en la que vivíamos todos, cuando mis hermanos y yo estábamos bien chiquititos. En cuando los fríos no nos alcanzaba, porque apenas teníamos unas mantas rotas. Mi abuelo metía entonces los magüeyes secos para quemarlos, y los quemaba adentro de la chocita que estaba hecha de carrizos secos. Se nos quemó más de una vez la casa y hubo que construirla de nuevo, pasando fríos. Pero al Manuel no; al Manuel nunca se le quemó su chocita cuando quemaba magüeyes. Él hacía pulque. Eran cinco de familia. Le iba mal como a todos porque el pulque se vendía a dos pesos el litro y apenas uno alcanzaba a hacer cuando mucho diez litros al día y muchas veces menos y no alcanzaba ni para tortillas. Al Manuel no le alcanzaba nunca. De plano le tuvo que dar pulque a la familia. El primero fue el más chamaquito, que se le murió a las dos semanas de darle casi puro pulque. Luego fue su señora, que estaba embarazada, y luego el otro hijo. El Manuel se volvió loco y casi mata a la otra chamaquita, que la tuvimos que mandar para México a que la cuidaran unos tíos de ellos. Manuel se murió como al mes. Y luego todos dejamos de hacer pulque, unos porque lo de Manuel les espantó, y otros porque ya no encontramos magüeyes. Aquí pues ya no vive nadie, pero vivimos todos. Puede ser la biblioteca para que guarde otras historias y no nomás ésta que no necesita guardarse porque todos la tienen.

Por la noche, bajo las estrellas pendientes del telescopio de Melquiádes, un niño se arremanga el pantalón, otro se tuerce la playera, el último se seca la tierra: los tres observan el valle, hasta Tasquillo, y uno le dice a los otros que la constelación de arriba se llama Orión, que el coche que se ve por la carretera debe estar corriendo a quince kilómetros por hora, y que el número Pi es, hasta la fecha, desconocido en su totalidad. Una videocámara los graba: el fuego de las palmas secas los hipnotiza; finalmente, al llamado de un perro lejano que podría ser el le-

gendario caballo-cabeza-de-perro, corren y se pierden en una oscuridad desconocida.

LA MIGRA

Las mañanas de El Botho son silenciosas. El monte que delimita el municipio apenas deja ver la mojoneira de la cumbre, y el viento, desdibujado por los ruidos lejanos de las bocinas dispuestas a toda hora sobre la cancha de básquetbol, ronronea al ritmo de K-paz de la Sierra: “Yo me voy a la playa, mi corazón es de ti, Jambalaya... ahora quiero compartirla con mis amigos”. La canción se me ha metido por las manos que examinan una y otra vez las listas de libros a disponerse dentro de la vieja casa de Don Manuel. No puedo dejar de pensar que entre tanto silencio debe haber una nota correcta para las historias que apenas alcanzo a suponer. En la alta tarde, cuando el sol de invierno se cuele directamente por la puerta de la casa, entra al cuarto Don Patricio.

- Ki hatze
- Ki hatze, Don Ticho. ¿Ya regresó bien de la faena?
- No, si apenas voy. Es que mañana es apenas el mercado en Ixmiquilpan, apenas.

Los lunes el silencio es más profundo en todo el Valle. La subsistencia de miles de personas pende cada semana del mismo hilo, uno atado discretamente del centro de la cabecera municipal en Ixmiquilpan. En su mayoría, los puestos dispuestos por las calles angostas del centro del valle se llenan de comida y artesanías. Debo confesar que aún me cuesta trabajo definir a ciencia cierta lo que el término “artesanía” ampara en el Mezquital; apenas he descubierto, de manera completamente empírica, que las artesanías van desde tejidos de fibra de lechuguilla hasta utensilios de cocina. Lo más preciso que he logrado definir es que todas las piezas englobadas bajo el término tienen que ver con la hechura artesanal y, sobre todo, con el material de la lechuguilla. Todo lo que pueda entrar en esos parámetros será comerciable en el mercado bajo esos términos. Sin embargo, existen los lunes otros puestos que venden cosas que hace diez años no existían en el Valle. La música, antaño dominada por el pasito duranguense y la banda norteña, cada vez más se debate con el pop comercial, el rock en inglés y los beats elec-

trónicos. En los puestos de lujoso calzado de piel y sandalias de trabajo ondean tenis Nike y jerseys de los Raiders y los Yankees. Es común perder el rastro de los puestos que vendían molinos de maíz para encontrar stereos, iPods de contrabando y discmans capaces de tocar mp3 de los que venden en el puesto de al lado, con 250 grandes éxitos de rock clásico inglés. Ni qué decir de los puestos de comida que ofrecen sopas Maruchan y chocolates Hershey's. El mercado de los lunes en Ixmiquilpan, desde su trinchera escondida bajo la sierra y los montes infinitos a la vista, parece lanzar mensajes satelitales capaces de regresar con mercancía del ultramundo, un planeta otrora lejano como el rumor del tren de paso. Don Ticho, Melquíades y el resto de los miembros de El Botho conocen bien ese rumor. Se parece a la sirena de la migra por la noche, al darse de bruces con la oscuridad del desierto. Don Ticho llevará al día siguiente sus zacates de lechuguilla a competir con las sofisticadas fibras sintéticas que han llegado desde algún lugar del norte por vía de la gran ciudad de Pachuca, al sur. Apenas intuyéndolo, o a seguras sabiendas, se retira la tejana sudada de la rechoncha cabeza, se seca el sudor de la caminata por el monte buscando garambullos para la cena y me invita a merendar con ellos. La puerta se cierra con un golpe seco tras nosotros, con la primera luz del faro parpadeante que culmina el alumbrado público, y caminamos hacia casa de Doña Licha.

La casa de Doña Licha es modesta, y a cualquiera que estuviera familiarizado con el mundo de fuera, le recordaría de inmediato la pequeña choza de Yoda: la puerta pequeña, justa para la altura de su propietaria, es el marco de los utensilios colgados del techo con ganchos maleados a modo de hamaca; el fogón de la esquina está ennegrecido con el tiempo y guarda la leña que se ha formado de manera arbitraria con los rastros de huizaches perdidos del otro lado del monte. En el dintel de la puerta cubierta con una sábana hay una fecha precisa: 10 de noviembre de 1998, único día en el que esa casa pagó por un tanque de gas. Doña Licha, portadora de una senectud digna que apenas le ha permitido dormir cuatro pequeñas arrugas a los lados de la boca ligera, nos recibe con un abrazo. En ochenta años, yo soy el primer hombre de tez blanca que ha visto, y el primer visitante que ha entrado gustoso a cenar con ella en su humilde morada. Me abraza en ñhañhu; no bien me he sentado frente a las viandas

de esa noche, consistentes en tortillas enrolladas y fritas y garambullo en huevo con salsa de tomate, Doña Licha me ha referido lo que seguramente son historias fantásticas y proezas increíbles. De su lengua alcanzo a distinguir apenas algunas palabras: el "hamadi" que en mi idioma tiene por equivalente más cercano el "gracias", pero que significa igual una oración incomprendida en occidente; el "txudi" que significa "mañana" pero que implica una terrible carga de esperanza al portador. Mientras condimenta sus relatos veloces con gestos que evocan su eternidad particular desde las ollas oxidadas junto al catre, los demás comensales, muchos ellos de pie por la carencia de asiento, ríen a cuentagotas ante mi perplejidad; Doña Licha deja salir, una vez serenas sus ganas, una frase que se me escapa de las manos: "di mai dunthi". La concurrencia calla. Y a pesar de que no lo entiendo del todo, sé que estoy en un momento sagrado. Don Ticho, Don Melquíades y su hermano mayor, Celedonio, callan al unísono. "Di mai dunthi quiere decir te quiero mucho", refrenda Cele. La anciana sonríe como si los años no hubiesen pasado nunca desde su niñez perdida en la huizachera del pueblo vecino. ¿Por qué me va a querer? Apenas he comenzado con la biblioteca, y me conoció hace menos de una hora. Soy un extraño de lengua maldita.

Los tres hombres se miran entre sí. Don Ticho sonríe por una costumbre que ha adquirido de los trabajos realizados en tierras más prósperas. El multiculturalismo fracturado de su país que no es suyo le ha enseñado a forjar una sonrisa específica frente a los extraños. Así lo supo desde el momento en que lo llamaron indio, cuando emigró por primera vez a la Ciudad de México, hace demasiados años. Tiene las manos rechonchas y los dientes blancos; su mirada es incapaz de clavarse en lugares vivos. Cuando recién casado, aprendió a cazar liebres y víboras en el monte para alimentar a su hijo Elías; luego aprendió a cazar la suerte. Así llegó una vez hasta México, caminando el último tramo, desde Indios Verdes hasta el centro. Entonces sus pies descalzos le impidieron seguir y hubo de pedir refugio en la Catedral Metropolitana. Los azares subsecuentes se los ahorra. Basta con saber que de su odisea regresó con una idea fija que no le dejó escapar nunca: hacer de El Botho una comunidad próspera.

Melquíades me observa fijo, con ojos rojos y un rencor que no es mío, pero que ha heredados de



otros viajes. Él también aprendió a cazar, pero a él se le dio más fácil la honda del tiempo. Por eso observa las estrellas. Nunca aprendió oficio más que el de buscar el gasto. La universidad de la pobreza lo llevó sin remedio a graduarse en el Desierto de Sonora una noche de verano: un maizal crecido del otro lado, un agujero de cinco metros de profundidad y una policía fronteriza sin conocimiento del ñhañhu; la extradición ahogada en la oscuridad y la nueva pobreza cubierta con la frustración. Melquiádes logró cruzar dos veces al otro lado y, en el periodo más próspero de su estadía, logró lidiar con cuatro trabajos. Conoció a un viejo hindú en Chicago que le enseñó las artes de la intendencia; un rubio sin mucho cabello y el orgullo le enseñaron a poner alfombras; sus manos inquietas levantaron vegetales en el sur y su raíz ñhañhu le enseñó el oficio de la nostalgia. Regresó sin pena, con la única convicción de no volver.

Celedonio es maestro de primaria y tiene una conversación privilegiada. Por las tardes escribe un libro sobre cultura ñhañhu, en español; por las mañanas hace jabones y shampoo naturistas con las cactáceas de la zona: uña de gato, sangre de grado y sábila de maguey. La tradición le ha enseñado que la naturaleza lo da y lo quita todo, igual los recursos para lavarse a falta de jabón, igual las raíces indias que le han impedido hasta ahora conseguir inversión que le permita producir sus hechuras en grandes cantidades exportables a otros lugares. Dos veces a la semana va a la cabecera municipal a trabajar en la presidencia. Le han otorgado un puesto de mediano renombre, y, entre otras cosas, está encargado de la educación de los niños. No es tarea fácil: casi ninguna comunidad de las pequeñas cuenta con escuela propia, y son muchos los chicos que deben caminar horas para recibir clases. Además, carecen de maestros suficientes para todos y de presupuesto para un pago digno. Es él quien por fin se decide a hablarme.

- Cuando regresé de Estados Unidos la primera vez, no pude evitar ver El Botho, mi Botho, como un desperdicio perdido en el monte. Apenas se alcanzaba a ver una o dos chocitas encandilando las lomas, y uno distinguía la vida por el ladrar de los perros que saludaban la noche. A mis espaldas, en el pueblo de Chalmita, al que nosotros supuestamente pertene-

cíamos, se habían encendido las primeras luces eléctricas, cinco postes distribuidos por su calle principal. Yo no lo sabía, pero mi esposa y mis hermanos habían ido hasta allá dos meses antes a ayudarlos con la instalación, bajo la promesa de que acá también nos tocaría de menos un poste. Pasaron meses sin que nada pasara. Salieron a mi encuentro mis niños, creyendo que yo traía el poste de luz que tanto habían esperado. Como no quería dejarlos sin nada, les di la luz de la historia fantástica que ellos creían yo había vivido del otro lado: les conté que había yo llegado a un pueblo muy grande con puro güero de nombre Chicago: Chicago Hernández, Chicago Escamilla, Chicago Gutiérrez... Ellos reían imaginando a todos los güeros igualitos, como robots, y desde entonces comenzaron a jugar todas las tardes a que uno de ellos era Chicago, y si tocaba a los demás, también se convertían en Chicago. Nadie quería ser el mentado Chicago. Un día, Toño, el mayorcito, me dijo que por qué nosotros nos llamábamos Chalmita y no Botho, que es como todos nos apellidamos. Eso fue hace quince años. Para Doña Licha, que estuvo siempre familiarizada con los güeros de nombre Chicago, usted es el primero en reconocer a El Botho como un pueblo aparte. Por eso lo quiere, aunque su lengua sea maldita.

EL HUIZACHE

Pasada la noche y la cena, y luego de jugar con los niños a la luz del reflector de la cancha a juegos que yo no conocía, me quedé observando las luces del otro lado del valle. Entendí que hasta ese momento yo podía comprender muy poco lo que esta biblioteca, que constaría de apenas unos cincuenta ejemplares (muchos de ellos viejos y repetidos), podía significar para los habitantes de El Botho, que hace menos de veinte años apenas se atrevían a soñar con luz eléctrica. Asumí una suerte de reivindicación kármica a modo de revancha con el antiguo régimen ejercido por Chalmita que, según habían explicado, no era del todo dadivoso. Había logrado averiguar apenas destellos de ese periodo de dominación forzosa que había estado desde siempre en El Botho, hasta hacía quince años: por cuestiones de burocracia territorial

del municipio, los habitantes de El Botho, que siempre habían vivido en chozas sin nombre desperdigadas por el monte, y que eran además muy pocos, habían pertenecido nominalmente a Chalmita, comunidad reconocida por el municipio de Ixmiquilpan. Sin embargo, dada la lejanía de las chozas, era imposible llevarles todos los servicios a cabalidad, cuando menos a nombre de su pueblo. De tal suerte que cuando Chalmita ya contaba con agua corriente, luz, y casas pagadas por el gobierno, El Botho seguía construyendo chozas cada invierno, con carrizos secos de maguey, yendo por agua hasta el ojo más cercano, ubicado a un considerable número de kilómetros. Pero algo en mi intuición me decía que era más: la mirada de esos hombres al verme comer sus manjares (manjares obtenidos, en algunos casos, a lo largo de días de trabajo en el monte), me hacía pensar que la biblioteca tenía una dimensión sagrada que yo no podría comprender con sólo instalarla.

Una pequeña cabeza asomó detrás de las matas que flanqueaban el camino aledaño a la biblioteca. Lo había hecho varias veces: según podía calcular, la cabecita llevaba casi una hora husmeando el humo de mis recurrentes cigarrillos nocturnos. En uno de sus rebotes hacia la sombra, me escabullí para sorprenderla: era Nico, el mismo niño del polvo propio que me había recibido hacía dos días en el camino de entrada. No pude hablarle: apenas sintió mi presencia a su lado se derritió entre las matas del otro lado del camino. Resolví que sería difícil cazarlo por la noche, y fui a dormir.

Con la primera luz del alba tocaron a la puerta. Elías, el hijo único de Don Ticho, me esperaba para llevarme a conocer el monte. Tenía tanto sueño como yo, y sin embargo me recibió con una sonrisa. Era natural: los hombres del concejo del pueblo habían resuelto que él sería el más indicado para mostrarme las zonas aledañas a El Botho. Después de todo, Elías es el primer licenciado del pueblo. A sus veintidós años cumplidos, ha estudiado una carrera técnica en sistemas, y a pesar de sus afanes por convencer al resto de que él no es del todo licenciado, para ellos lo es. Sabe que heredará el liderazgo de la comunidad apenas se convierta en Don, lo cual sucederá cuando su esposa, que todavía no ha conocido, le dé un hijo. Por lo pronto, el recorrido turístico le sirve sobre todo para refrendar sus conocimientos de la comunidad. Eso lo he comprendido por la noche, cuando Elías se ha perdido un baile de propor-

ciones épicas en El Espíritu sólo porque su padre lo ha convencido de convivir con “el señor que trae los libros”. Por lo demás, su encomienda es sencilla: pasar tiempo conmigo, mostrarme el pueblo como señal de cortesía, y, en la medida de lo posible, leer todo lo que yo deje en la biblioteca.

Caminamos hasta el otro lado del pueblo y luego bajamos la loma. En realidad, mi percepción ha sido exagerada: El Botho es mucho más pequeño de lo que parece. En su lado más largo, debe medir cuando más unos trescientos metros; de ancho, el cuadro no debe alcanzar los doscientos. Sin embargo, estas proporciones alcanzaron desde un principio para albergar las trece familias que fundaron la comunidad, con todo y los terrenos pensados para construir las casas de sus hijos. Desde la otra loma, en la que Elías me muestra los sitios en los que en primavera se obtienen escamoles, el cuadro se ve aún más pequeño, sobre todo si se le compara con el vecino San Miguel Jigüí. De hecho, si uno pasa en la troca y va un tanto distraído, lo más probable es que El Botho le parezca una suerte de suburbio de su pueblo vecino.

- ¿Es por eso que hay tantos letreros que anuncian que uno está en tierras de El Botho?
- En parte, sí. Aunque usted ya vio que aquí es común que las comunidades se diferencien apenas por un vado o se delimiten entre sí por un maguey más o menos grande. En realidad, se debe a otras cosas. Míre, le muestro.

Nos adentramos más en la jungla chaparra que es la flora del desierto. Apenas unos nopales crecidos y unos cactus que querían asemejar manzanos destacaban en el paisaje. Por lo demás, la tierra grisácea despuntaba ocasionalmente puntos verdes que debían ser matas. Si uno se descuidaba no era difícil encontrarse con la espina de una uña de gato rasgándole el labio. A mí me sucedió, y Elías me curó con la misma sábila de la espina agresora. De camino hacia donde me llevaba, me mostró otros sitios turísticos del lugar. Ahí, donde la nube despunta del monte, vivía su abuelo Chinto cuando hacía pulque; allá, donde las matas grandes, había cazado una liebre del tamaño de un perro; más lejos, donde no se alcanza a ver, su tío Cele tiene los molinos con los que hace shampoo de sangre de grado; más allá, en un claro nocturno, Elías fue concebido, pero no lo sabe.



Por fin llegamos hasta un pasillo de plantas secas que se forma en el encuentro de dos lomas. En ciertos momentos, el pasillo está coronado de piedra y laja que, según dicen, se formó por un río que antaño mojaba las tierras de El Botho, y que hoy, con toda seguridad, ha emigrado también al norte. Ahí, en un espacio vacío, Elías está a punto de santiguarse: en ese lugar estaba el huizache en el cual su padre, sus tíos Melquíades y Celedonio, y el fuereño Julián, se reunieron de manera clandestina dieciséis años atrás para planear la insurrección.

Era de noche y habían escogido el sitio por una conveniencia clara: por un lado, estaba escondido desde cualquier punto de las tres comunidades con las que se enfrentarían; por otro, constituía el centro territorial del espacio que reclamaban como propio. Lo hicieron de forma instintiva, a sabiendas de que los chismes en aquella región corren con el canto de los zopilotes. Melquíades había llamado a las otras tres puertas, escondido y cubierto con una manta vieja: era lo más que le permitía el camuflaje, y, con toda seguridad, gentes de los otros pueblos ya andarían patrullando los montes en su búsqueda. A pesar de que nada en el movimiento del valle les había indicado que la persecución estaba en proceso desde horas antes, el olor del polvo era distinto, muy parecido al de la lluvia que llega sin invitación. Que daba claro que esa noche del 16 de mayo de 1989, los habitantes de Chalmita, Cerritos y San Miguel Jigüí (el maldito San Miguel que ya había mandado anteriores emisarios para convertir a todos los de El Botho a la fe falsa) intentarían por todos los medios colgarse la presea de los territorios que, apenas esa tarde, ellos cuatro habían independizado de manera informal en Ixmiquilpan.

La idea original fue de Patricio. Alguien le había dicho que bastaba con presentar un sello de comunidad independiente para tener el reconocimiento del municipio. La propuesta no era descabellada, sobre todo después de que habían intentado repetidas veces conseguir la independencia oficial del presidente municipal. A Patricio le dolía recordar ese episodio: el presidente había reído sin miramientos, y les había negado la luz eléctrica. Que eran menos de sesenta personas; que mejor se pusieran a hacer hijos, a ver si lograban en pocos años tener unas doscientas para conseguir la venia oficial de la luz en tubo. Por esa reacción Patricio había llegado tardes después con el sello que anunciaba la Comunidad de El Botho,

Ixmiquilpan, escondido entre las ropas, recién hecho por un amigo suyo de Cardonal. Los otros tres se habían quedado tiesos: ¿es que Patricio en verdad deseaba tanto ver a su comunidad independiente? No importaba: a Melquíades le quedaba claro que no quería volver a pasar por la experiencia de la migra; Celedonio sabía que necesitaba un lugar propio donde él pusiera las reglas para manejar a cabalidad su recién inaugurada fábrica de jabones; Julián estaba cansado de que lo corrieran de otras comunidades, y en la quietud de El Botho había conseguido un hogar. Estaba zanjado: en la siguiente reunión de líderes del municipio, Patricio se presentaría en representación de El Botho, con papeles sellados.

Sin embargo, el error era fatal. En cuanto Patricio se plantó frente al delegado de Chalmita, la afrenta no tenía marcha atrás; el sello, y los papeles oficiales con él coronados, era la prueba más clara. A diferencia de lo que Patricio había pensado, los otros líderes comunales tampoco estaban muy de acuerdo: sabían que la existencia de una nueva comunidad representaba un dividendo más grande para los subsidios y presupuestos del gobierno. Con los murmullos de los líderes, que planeaban ya el secuestro de Patricio, el nuevo delegado de la nueva comunidad huyó a avisarles a los otros. Esa noche sería para recordarse.

Reunidos en el huizache, los cuatro ignoran qué sigue. ¿Irán directo a dar caza a Patricio? ¿Pasarán por las casas tiñendo de rojo las puertas? ¿Cobrarán venganza en la moneda del sexo con sus mujeres? ¿Quién los va a ayudar, si en kilómetros a la redonda no hay quien apoye su causa? El silencio ahora era pesado, y la noche, de pronto, helada. A la sombra de ese huizache, cuatro hombres desprotegidos como chivitos en el desierto lloraron. Pasaron horas sin que el rumor se acercara a una distancia peligrosa y hasta casi pudieron dormir.

Fueron tres o cuatro días antes del evento. Incluso Julián estaba convencido de que nada pasaría después de todo, y que la cosa era cuestión de tiempo. Pero no: debieron haberlo intuido con la nube que surgió repentinamente del sur. Desde tres frentes se dejaron venir auténticas hordas de hermanos ñahñu avispados por el orgullo. Si esa comunidad era ahora tierra de nadie, alguien tendría que reclamarla; en todo caso, la independencia, representada por su delegado, no era una opción. Trocas repletas de hombres de ojos sangrados inundaron todas las bre-



chas de El Botho; machetes humeantes cubrieron el cielo. Los niños, inamovibles, seguían con el rondín del juego en el pequeño maizal muerto de Don Chinto. Patricio comprendió de inmediato lo que debía hacer: sin siquiera mirar atrás, abordó la troca donde lo esperaban ya cinco hombres bien armados. Parecía el final del sueño de El Botho; cuando menos, los invasores se habían llevado con ellos el ruido, sin siquiera atormentar el juego de los chicos. Algunas mujeres lloraron: el futuro de su pueblo soñado ahora pertenecía a la lid de otros pueblos.

El viento sopló más quieto durante una semana. Nadie sabía si Patricio seguía vivo, o si seguía católico. Lo más probable era que estuviera en San Miguel Jigüí, donde, con toda seguridad, lo habían convertido en protestante a fuerza de cánticos nocturnos. Ninguno de los otros tres había conseguido hablar con alguien de otra comunidad. Los consideraban bastardos o poco menos: habían roto el código de sumisión que había hecho callar de manera elocuente a su raza por siglos. No fue sino hasta pasados siete días que la horda de gentes de El Espíritu llegó en silencio a El Botho. Lo hicieron con los machetes escondidos y las trocas cubiertas. Lo siguiente fue sencillo: tomando desprevenidas a cada una de las comunidades por separado, los hombres de El Espíritu y El Botho juntos lograron recuperar a Patricio. Esa noche, los cuatro se volvieron a reunir en el huizache y firmaron el acta de constitución de un pueblo. De su pueblo.

Elías y yo regresamos pausados a la zona habitada de El Botho. Si todo salía bien, en los próximos años estas tierras baldías serían pobladas por los nietos de mi guía, y luego por los hijos de ellos. La referencia de vuelta es un faro de luz, hecho de madera y encumbrado por cables que se detienen en cada casa.

- ¿Dónde quedó el huizache? O, en todo caso, ¿por qué se lo llevaron?
- No desespere; a eso vamos.

Frente a la capilla verde de El Botho, que tiene una puerta blanca con una cruz del tamaño de un hombre, cuelga la campana que, a veces, anuncia las horas. La sostiene el huizache sagrado, el árbol de tallo fibroso y hojas que asemejan espinas, bajo el cual, otra noche más afortunada, cuatro lloraron y otros varios comenzaron a vivir. Hoy ése es el centro simbólico de El Botho. De regreso en la

biblioteca, revisé con una ansiedad nueva los volúmenes que se quedarían en el cuarto, primero por una ilusión academista bastante artificial, consistente en convencerme de que quizá había algún libro escrito en ñhañhu, y luego por un peligro auténtico: ninguna de las historias que se quedarían ahí, ningún Quijote, ningún Shakespeare, ningún libro de ciencias ni siquiera alguno de los novedosos cuentos de Cortázar parecían tener algo nuevo que contar a esta gente. La literatura depende, en muchos casos, de la fantasía; para estas personas, acostumbradas al hedor púrpura de la nostalgia combatiendo con la esperanza, todo podría ser real. Corría el peligro de que leyeran esto como una historia universal: la historia en la que la autopista del sur se plaga de trocas ensangrentadas; en la que un Othelo desvalido llora a la sombra de un huizache; en la que los molinos que son dragones se convierten en templos protestantes y Sancho de pronto dice ki hatze a la menor provocación. Sencillamente, comparada con el vaho que late en El Botho, esta biblioteca no parece tener sentido. A menos que, quizá, Rulfo...

EL PATRONO

Llevaba acechándome cuatro días y aún no podía distinguir su rostro del de cualquier otro niño del pueblo. Porque de Memo podría decir que juega con pistolas de agua incapaces de funcionar a cabalidad; de Saraid que es una mujercita apretujada en doce años; de Sara que nació en el lugar equivocado, de Gaby que su voz es propiedad privada y de Peque que crece todos los días algo como cinco centímetros. Pero de Nico no. Nico se basta con esconderse detrás de las casas que no tienen puerta, escoltado por un perro flaco que tiembla por las tardes. Lo que sí he descubierto es que su polvo se debe a las largas caminatas que hace todos los días desde su casa: la pesquisa entre sus coterráneos me ha mostrado que sus padres han sido los únicos renuentes en vivir en el cuadro principal, y que su padre todavía conserva la chocita del monte y la costumbre de hacer pulque para vendimia. Él viene al cuadro todos los días, sin ninguna esperanza. Los otros niños lo desprecian un poco, salvo por los bebés de las dos únicas familias evangélicas de la comunidad.

Por fin logré encararlo la tarde del miércoles en el modesto atrio de la capilla, que está a cielo abierto



y que tiene la propiedad de conservar los vientos del sur. La carnada fue un chocolate; no tardó en acercarse con una sonrisa y la evidencia de que no se había bañado, quizá en semanas. Sus zapatitos, que le quedaban grandes, estaban rotos por el uso, su pantalón se aferraba a una pequeña cuerda escondiendo apenas la única parte limpia de su cuerpo, y su pequeño sweater no hacía la menor justicia al clima de noviembre, que este año había llegado con especial enjundia. Me observaba la mano como quien nunca antes observó una golosina. Le ofrecí un poco sólo para descubrir que las víboras del monte le han enseñado a ser un poco embustero: se deleitaba con el chocolate con una maestría digna del señor Hershey. Así fue que nos hicimos amigos. Luego de días de sepulcral silencio, que sólo se rompía para soltar una grave afirmación cuando se le ofrecía algo de comer, Nico por fin una tarde me contó de su corta vida. Su padre, dice, a veces le da una nalgada luego de alguna sonora travesura; su madre casi no habla. Todos sus hermanos, que son mucho más grandes que él, han ido a vivir a lugares extraños y fantásticos. El más grande, Martiniano, le trae cada año dulces y un cochecito nuevo que siempre se las arregla para romper por completo en un par de días. Dice que su hermano es duro y que ha tenido que trabajar mucho para poder mantenerse en la capital. No lo dudo: a pesar de tener dieciocho años, Martiniano lleva más de cinco buscando suerte, oficio que heredó de su padre. Éste declinó con el tercer hijo de siete y se fue al pulque. Los otros niños dicen que es culpa de los evangélicos. Nico, un poco contrariado, arrebató el último chocolate de mi mano y corre. No lo volveré a ver en un par de días, y, para ser sincero, lo extrañaré como si fuera mi mejor amigo.

Ya Don Melquíades me había contado la historia de los evangélicos. Lo hizo con cuidado, dadas las circunstancias del entorno: nunca como en el Mezquital ha sido tan cierta la frase que condena hablar de religión. Yo mismo entiendo la dificultad: algunos años atrás, cuando llegué a Ixmiquilpan con la intención de abastecer una primera biblioteca en El Espíritu, me fue imposible hacerlo por causa de una lucha armada entre católicos y evangélicos. Cuando digo armada no me refiero a machetes y piedras, sino a cuernos de chivo y escuadras de nueve milímetros. El conflicto, que en lo físico se ha vuelto causante de situaciones armadas improbables en una zona indígena, ha generado también

una ruptura considerable entre familias y comunidades enteras. Lo cierto es que el culto evangélico ha salvado a mucha gente: mientras que el catolicismo permite toda clase de vicios, los evangélicos los prohíben, saldando así la cuenta del ocio y estimulando el trabajo. Sin embargo, ese mismo culto es a veces agresivo con el culto católico, que es más permisivo pero más tolerante. En El Botho, como es natural, la religión constituyó uno de los primeros conflictos frontales, y, curiosamente, el factor definitivo para la independencia del pueblo.

Antes de pensar en la provisión de servicios, la educación de los niños o la distribución de poderes, los miembros de la nueva comunidad debatieron días enteros para definir una religión oficial. No era un asunto fácil: de los sesenta, cincuenta eran católicos; el resto, procedentes de San Miguel Jigüí, eran evangélicos, como casi todos en su terruño. La gente de El Botho, sin embargo, no estaba de acuerdo con el vicio, sobre todo con el alcohol, que ya había cobrado muchas vidas. Tampoco estaban de acuerdo con el hecho de que, por aquel entonces, la parroquia de San Nicolás prohibía el trato con otras religiones. No estaban dispuestos a perder su fe, pero tampoco a seguir al pie de la letra las prescripciones de la Iglesia y la inercia de la costumbre. Por otra parte, San Miguel, que queda a unos pocos metros de El Botho, es una comunidad evangélica recalcitrante; no pertenecer a su misma fe podría ocasionarles problemas. El resto de las comunidades estaban divididas, aunque todavía predominaba el culto católico. Por fin tomaron la decisión que al día de hoy los mantiene unidos: convirtieron la capilla en un salón de usos múltiples y por ley dictaminaron el trato respetuoso entre ambas religiones. A pesar de que la religión oficial es la católica, las tres familias protestantes que viven en El Botho lo hacen como todos los demás. Si no han puesto un templo evangélico es porque el de San Miguel les queda cerca. Cuando hay algún festejo que lo amerite, todos conviven en la capilla sin ningún problema.

Pero no siempre fue así. En un principio, mientras se debatían por elegir religión, los vecinos de San Miguel presionaron para convertir al pueblo entero, de cuajo, a la otra fe. Chalmita, Cerritos y el resto de las comunidades, asumieron que El Botho aceptaría, de tal suerte que les retiraron el habla. De esa época viene la franca decepción del padre de Nico: luego de ser golpeado por un grupo de

evangélicos en medio del monte, y de ser negado por católicos de Chalmita, se sintió abandonado para siempre. El Botho, en medio de los conflictos, todavía con chozas de carrizo, estaba completamente solo. Un doce de diciembre, Doña Elia, la esposa de Cele, se despertó agitada de un sueño intenso. Lograron juntar algún dinero y una comitiva de tres partió a Pachuca. La consigna era regresar al día siguiente, y encontrar al resto del pueblo en la entrada del camino de Nequetejé.

Al medio día del siguiente, lo que se veía en el camino hacia El Botho era una peregrinación de sesenta, cargando una flamante imagen de Juan Diego, que todavía no era santo. De Cerro Blanco, Chalmita y Cerritos salieron cientos a unirse a la peregrinación. El Botho había adoptado un patrono. Cuando San Miguel arremetió con preguntas, la respuesta de Doña Elia fue fácil:

- Es católico, pero primero es indígena; como tú y como yo.

Esa noche, Doña Elia me refirió la misma historia, con matices propios. De sus tres hijos, sólo Saíd ha conocido la historia de oídas; Toño y Edgar la vivieron, y estuvieron en la procesión. En algún momento, incluso ayudaron a cargar al santo. De cenar me ofrecen sólo plantas del lugar. La casa de Don Cele y Doña Elia es un santuario destinado a la tierra: mientras que el marido hace shampoo naturista, la mujer consume sólo plantas. Ello es en parte por su amor al pueblo, y en parte porque es diabética y no podría pagar comida especial de otro tipo. La conversación, como siempre, es fácil y está rodeada de toda la comunidad, que convive aunque muchos no entiendan mi lengua.

- Un rito que tenemos es el de estar juntos siempre en la medida de lo posible. El que usted esté aquí es especial. Si se fija, todos nos estrechamos la mano siempre que nos vemos: estamos en contacto.
- Disculpe, pero no acabo de entender por qué soy especial. Vengo a poner una biblioteca pequeña...
- Somos una comunidad pequeña.
- Eso no importa. Nada de lo que hay en esos libros es más fantástico o más didáctico o más divertido de lo que aquí sucede. Lo que ustedes tienen enfrente es la vida en seco; eso es siempre más literario.

- El Botho quiere salir al mundo; y para eso, primero debemos dejar que el mundo entre a El Botho. ¿Trae de casualidad algún libro de Ibargüengoitia?

Me contaron luego de cómo habían conseguido los servicios. La luz fue un fideicomiso directo de la presidencia de la República. En un mitin de Salinas hostigaron tanto a uno de sus asistentes, que terminaron por conseguir el dinero para hacerlo; a pesar de que la misma presidencia ofreció incluso la mano de obra, todos participaron en la faena. Las casas de bloc salieron de fondos de la embajada de Finlandia (los chamacos decían que había salido de Finlandia Chicago); celebraron la terminación de la obra con un festival de baile en la cancha de básquetbol, con el embajador presente. El agua corrió por su cuenta, y les costó diez años instalarla. Lo que quedaba claro es que El Botho no podía estar quieto.

En los días siguientes, fui descubriendo otras cosas. Don Melquíades hace muchos trabajos con tal de no tener que irse a Estados Unidos a ganar dinero. Actualmente edita videos (con su cámara de DVD y su computadora) de fiestas de quince años que vende a cantidades moderadas. Celedonio sigue buscando fondos para producir su shampoo en grandes cantidades, dar trabajo a su gente, y exportar a Canadá y Francia. Elia ha logrado toda clase de remedios caseros para la diabetes. Patricio vende artesanía; su hijo, Elías, estudia una carrera en Pachuca y da clases en otra comunidad llamada Gundhó. Los hijos de Celedonio estudian carreras en la Universidad Autónoma de Hidalgo: uno será ingeniero y el otro, administrador, con la idea de ayudar a su padre en la empresa. Entre todos tienen la idea de hacer un parque ecoturístico en el vasto terreno que les pertenece por derecho propio: El Botho es de ellos porque ellos son de El Botho.

Nico me ha vuelto a buscar, otra vez de lejos. De algún modo, es mi ancla: cuando veo a los otros personajes de El Botho, me gusta pensar que algún día este pueblo pequeño con señalamientos de tránsito, sueños de shampoo y tolerancia religiosa puede convertirse en una metrópoli de osamenta particular. Luego veo a Nico y recuerdo que quinientos años no salen así de la piel, que el polvo sigue saliendo por los poros y que los zapatos rotos no sirven del todo para caminar. Es cierto: en parte la culpa es de gobiernos corruptos y de una cultura separatista que anida del otro lado (cualquiera que sea ese lado).

Se ven tenis Nike y chocolates de firmas extrañas y aparatos sofisticados dentro de casa en obra negra, junto a letrinas. Es el artificio de la integración, que no llega; es el inversionista que no confía en Celedonio y el lector que no cree estas líneas. Es algo más profundo y mortal, que se llama ignorancia, en una pelea pagada contra las ganas.

Reviso de nuevo mi lista, contemplo el estante, y considero que los libros ahí dispuestos, después de todo, pueden sentar un precedente. Están las ediciones viejas de diccionarios y libros de texto gratuitos que ahí faltaban; algunos libros de ciencias naturales y una enciclopedia de historia de México; varios tomos de libros de imágenes del mundo; literatura latinoamericana y lo más considerable de la universal, de la cual recuerdo ahora los nombres de Borges, Cortázar, Rulfo, Ibarguengoitia, Kafka, Sheakespeare, Cervantes, Sor Juana; algunos libros que han sido mi capricho y que, creo, podrán servir de entretenimiento o de símil con cosas que pasan: algunos de Pérez Reverte, Ítalo Calvino, Alejo Carpentier, Coetzee. Y está sobre todo la certeza de que mañana, cuando yo esté de vuelta rumbo a México,

es probable que alguno de estos tomos (¿cuál?) estará en el privilegiado lugar del avioncito de papel de Nico.

La última noche, Don Celedonio se empeñó en que subiéramos a la colina oscura que amuralla El Botho. Lo hicimos iluminando el camino con carrizos encendidos, quemando algunas matas para delinear un camino. Desde la cima de la colina el camino se desdibuja con el cielo, y pienso en un Botho que quizá no se encuentra en el mapa por estar en frontera con una tierra que no es de este mundo. Lo que ahí se sueña debe ser, como decía Borges, el sueño de otro que vive en sus sueños. Debe ser un Tlön, una ciudad invisible, Macondo y Comala haciendo brindis, el Gregorio Samsa de la cucaracha mexicana, la historia verdadera de los pasos de López, la boca que se asoma debajo de mi dedo, el lugar de la Mancha de cuyo nombre nadie parece querer acordarse. Lo que El Botho es, es ese camino que se traza con fuego y desprende humo a la eternidad. El azar cartográfico de la historia, que, en lugares así, se desconcierta y, de pronto, se siente rebasada por la vida.



Cultura

ARTE Y MODERNIDAD

—■■■■—
Francisco Javier Sigüenza

“ —¡Oh!— dijo Joan, posando en él una mirada impregnada de una curiosidad tan nueva como sincera.
— ¿Pero entonces tú no ves nada en esas pinturas?
— Veo en ellas la ruptura de las barreras —dijo Ivywood— y nada más.

Joan clavó por un instante la vista en el suelo, mientras la punta de su sombrilla trazaba vagos dibujos, como alguien que tiene materia sobre la que reflexionar. Después, bruscamente, repuso:
— Pero la ruptura de tales barreras quizá signifique la destrucción del todo.

G. K. CHESTERTON, *La taberna errante* ”

I.

Para Walter Benjamin con la reproducción técnica de la obra de arte ha sido puesto en crisis definitivamente el carácter aurático del arte, pues la reproduc-

ción técnica —piénsese en la litografía o la fotografía— puede hacer suyas por vez primera la totalidad de las obras heredadas por la tradición, poniendo en lugar de su aparición única e irrepitible —a lo que define Benjamin como el carácter aurático del